

Tabloneras, escogedoras y recolectoras en la caficultura colombiana, 1910-1970

Renzo Ramírez Bacca

Universidad Nacional de Colombia

Analizar el papel de la mujer en la caficultura colombiana significa considerar las dinámicas poblacionales y procesos de experimentación agro-industrial. Podemos considerar, a modo de contexto, la gran transformación de sector rural y el campesinado iniciada a finales del siglo diecinueve. McGreevey lo señala, cuando indica que una quinta parte de esta población realmente logro su especialización gracias al café entre 1870 y 1930.¹ Nunca antes en la historia económica se había presentado un fenómeno similar. Los efectos de este proceso implicaron también una especialización agro-exportadora de la economía nacional, evidenciada en los niveles de producción y exportación entre 1910 y 1930.² La industria había crecido un 500 %, ofreciendo un dinamismo sin precedentes en la historia agraria del país. En igual sentido, las exportaciones no hubieran aumentado sin los avances en el sistema de transportes; en especial el desarrollo de las líneas de ferrocarril, el cable aéreo y las carreteras o caminos que van al río Magdalena.³

Fue una época de bonanza en la que aumentó la capacidad adquisitiva de la población y se logró cierta industrialización gracias a las exportaciones. También hay que reconocer, que el éxito del cultivo se debió a las excelentes tierras y los buenos climas, en una fase en la que ya se habían consolidado un sinnúmero de poblados y fincas, resultado de las distintas políticas de repartición de baldíos y migraciones interregionales. En ese

¹ En realidad hacia 1875 el sector exportador y sus servicios afines probablemente no empleaban más de 35.000 trabajadores. Medio siglo más tarde se calculaban la existencia de unos 900.000 campesinos miembros de familias cultivadores. En tal sentido entre 1870 y 1930 una quinta parte de la población campesina colombiana se desplazó hacia una agricultura de exportación, como consecuencia de la expansión del café. Cf. McGreevey 1982, 176. N de A: La cifra se obtiene a partir de la existencia de unas 5000 fincas cafeteras que suponen la permanencia de una familia con unos seis miembros en promedio.

² La producción da un salto cualitativo entre 1910, año en que se producen 570 mil sacos de café de 60 kilos; y 1930 cuando la producción alcanza la suma de 3118 mil sacos. Cf. Ramírez Bacca, 2011, 124.

³ La importancia del ferrocarril como medio de transporte y estímulo en la fundación de cultivos se da al considerar como en 1888 en el ferrocarril de Antioquia se transportaron 5 mil sacos de café, mientras que en 1923 se transportaron 517 mil sacos de café. Cf. Poveda Ramos 1988, 191.

proceso el aporte del núcleo familiar también fue importante, en particular por su función socio-laboral. A lo que se le puede agregar los distintos sistemas de financiación y estrategias de difusión desarrollados con los pequeños y medianos propietarios.

El gran problema que tuvieron los productores fue la mano de obra, por esta misma razón el empleo de mujeres e infantes se convirtió en una estrategia, que fue señalada en la época, ya por el excesivo uso de la misma o porque incluso fue insuficiente en los periodos de recolección del grano. Pero, así como la caficultura se apoyó en el núcleo familiar, numeroso en prole, tal y como se presentó en la zona actual de Antioquia y el Eje Cafetero, fue necesario el enganche laboral de las zonas más pobladas del altiplano cundiboyacense. En igual sentido, el papel de la mujer se hizo muy importante en la fase semi-industrial del café, concretamente en las trilladoras en calidad de recogedoras del grano. Visto de éste modo quiero referirme a esa compleja dinámica de trabajo, que en esta ponencia quiero enfocarla hacia el diverso y complejo papel de la mujer en el sector rural y en el sector urbano.

El sector rural: tabloneras y recolectoras

En las zonas de frontera del espacio andino se configuraron distintos tipos de estructuras agrarias, –pequeñas, medianas y grandes propiedades–; que se fueron consolidando según la extensión de los cultivos permanentes –cafetales de variedad *Coffea Arabica* (*Bourbon*, *Maragogipe* y *Typica*) sombreados con leguminosas, en especial con árboles frondosos de guamo y carbonero–. También era parte del hábitat los cultivos de pancoger –maíz, arracacha, frijol, etcétera–, la cría de cerdos y ganado, y los cultivos de caña de azúcar, que su conjunto constituían una cultura de autoabastecimiento y subsistencia. Todo eso no era posible sin la presencia del núcleo familiar.

En las grandes propiedades las relaciones de aparcería con las familias arrendatarias se hizo muy importante. En tiempos cuando tener una hacienda cafetera era una cuestión de “status” para un dinámico y proyectado sector de comerciantes urbanos. Fueron ellos los que empezaron a configurar Sociedades Agrícolas, que no era otra cosa sino una asociación de inversionistas capitalistas e industriales, dispuestos a invertir en las zonas de frontera, al

fragor de ciertas políticas de baldíos, que les permitía adquirir la posesión de predios estatales bajo la condición de tener cultivos permanentes, o incluso gracias al bajo costo de la tierras en las zonas de frontera. Esa práctica sólo podía fortalecerse gracias a las familias de arrendatarios, con quienes las relaciones se dieron de distinto modo; ya por ser una relación consuetudinaria, también llamada la “imperante fuerza de la tradición” en la región, o por el impacto que generaron las regulaciones estatales sobre la aparcería durante el siglo veinte.

El *tabloneo*, como vulgarmente se conocía, tiene relación con el sistema llamado en unas partes de *partija* y en otras de *compañía*. El poseedor de la tierra –en este caso el hacendado–, ofrece el área para las siembras y suministra las semillas, los semovientes, las herramientas y utensilios necesarios; y el partijero –localmente conocido como tablonero– hace la siembra y atiende a la conservación de los cultivos -1000 a 3000 árboles-. El producto de cada cosecha se reparte luego entre el poseedor de la tierra y el tablonero, en las condiciones que hayan convenido previamente (Ramírez Bacca, 2008). Dicho de otra manera, el tablonero es quien bajo contrato oral o escrito recibe un cafetal o *tablón* para administrarlo en compañía con la hacienda.

Gonzalo París (1946, 166-167), quien estudio la geografía de la provincia del Tolima a comienzos del siglo veinte, señala que este sistema era una práctica común en muchas plantaciones de café, aunque se daba con ciertas variantes. La primera cuando el labriego recibía una parte de la plantación –tablón– y se encarga de su recolección, beneficio y lavado, para luego dividir por mitad el producido con el dueño, quien a su vez asumía los gastos que ocasionaban los desyerbes y las maquinas descerezadoras. Ello sin contar con la casa para vivir que adquiría el tablonero, la posibilidad de hacer cultivos y tener animales domésticos. Había otras formas de acuerdo. Por ejemplo, cuando se entregaba el lote de cafetal a varios trabajadores, quienes lo cuidaban, para luego durante la cosecha repartir el grano recolectado cada día y comprar el café recogido al dueño a un precio convencional local. También se dio la tercera opción, cuando el labriego recibía la tierra para la siembra de los árboles de café hasta la primera cosecha, acordando un precio con el dueño por el número de cafetos sembrados, quien los pagaba, y así en adelante hacer un nuevo arreglo que podía ser una de las dos variantes anteriormente señaladas.

En cualquier caso, los “cabeza de hogar” eran responsables directos con el hacendado o sus gerentes o administradores de los temas relacionados con la recolección y los préstamos en dinero. La evidencia empírica es muy limitada para hacer un análisis demográfico de esta población, lo que si podemos advertir es que para un predio con 100.000 árboles de café, lo probable era contar con 40 o 50 familias de tabloneros. Muy pocas mujeres responsables directas ante la administración, aunque a juzgar por la evidencia casi siempre eran ellas quienes asumían el cuidado de los árboles en épocas complejas de tensión. Las guerras y los conflictos llevaron a la victimización de hacendados y trabajadores en las zonas cafeteras. Recordemos que desde 1870 el país vivió cuatro guerras civiles (1876, 1885, 1895 y 1899), la más larga y decisiva fue la Guerra de los Mil Días (1899-1902), distintos movimientos sociales y huelgas (años 30), reformismos agrarios (década 1930 y 1960), y la violencia bipartidista que azotó a todas estas regiones (décadas de 1950 y 1960). Indistintamente de los anteriores fenómenos o factores políticos, el papel de la mujer siempre fue decisivo para el mantenimiento de la mano de obra permanente familiar, con críos e infantes; pero también la temporal, en el caso de reclutarse trabajadores migrantes provenientes de otras regiones. Visto desde una perspectiva socio-laboral y funcional el trabajo doméstico, los algunos cultivos de autoconsumo o la granja familiar, la recolección del café, la cría de animales domésticos y la reproducción biológica de la mano de obra familiar tipifican a las mujeres tabloneras.

En las primeras décadas del siglo veinte, cuando existieron los hacendados-exportadores directos, las relaciones de producción apoyadas en el núcleo familiar llegaron a su época dorada. Posibilitaron incluso que la administración directa del hacendado no interviniera en la contratación de mano de obra temporal, y por el contrario se fortalecieron las relaciones de aparcería, con una gran autonomía por parte de tabloneros sobre los medios de producción. Entonces, las relaciones de subordinación eran patriarcales, los códigos del trabajo eran diferentes, y la generosidad del hacendado se mezclaba con las relaciones de compadrazgo. También fue la época dorada de la caficultura colombiana en términos de su producción tradicional y el fin de una dinámica y proceso, que especializó al país con el café. Hacia 1937, las haciendas con limitaciones laborales y económicas, sólo contaban con una mano de obra familiar y aparcera. Ellos representaban, según Dávila (1937, 146) sólo el 1,5 %, unos 551 arrendatarios, de la población rural del Líbano

(Tolima). Ellos eran la base social y laboral del conocido: “sistema del tablón” y fueron también, quienes garantizaron no sólo la expansión del cultivo, sino también su cuidado, mantenimiento y recolección desde los albores de su vulgarización.

El papel de la mujer

Las zonas cafeteras de la cordillera Central resaltan por una alta inmigración producida por las perspectivas económicas del proceso de expansión del grano. La característica era la existencia de un tipo de familia con un alto nivel de procreación y con ciertos rasgos de puritanismo religioso. Si bien, en las zonas de frontera baldía es evidente la presencia de la institución eclesiástica. La pequeña propiedad, los tablones, los cultivos de pancoger y la escasa influencia de las crisis económicas generales sobre los fenómenos demográficos ofrecían la seguridad necesaria.⁴

En ese contexto la mujer se destaca en su ámbito socio-familiar por su trabajo doméstico y la procreación de la fuerza familiar, pero también por la subordinación de su papel en la esfera privada del hogar. Sin embargo, también se le acusa de cierta pasividad ante las tendencias modernizantes de esos años, por lo cual es señalada por su cultura religiosa y grado de analfabetismo.⁵ Eran muy activas en la infinita labor de trabajo doméstico, en un contexto socio-cultural, donde el oficio de “soplar la candela”, cocinar, servir la comida y lavar la vajilla se definían como trabajos exclusivamente femeninos. A lo que habría que añadir ciertos patrones de conducta, que eran bien claros y definidos para las mujeres de la época, a juzgar por el manual de comportamiento de don Manuel Mejía y las normas de comportamiento para las mujeres de un hogar tradicional (Fondo Cultural Cafetero, 1989 T. 1). Eran costumbres y prácticas que las madres, por lo general hacían en compañía de alguna hija o nuera, de tal modo que transmitía la fuerza de la costumbre.

⁴ El caso del departamento de Caldas léase en García (1978, 181-213). Cf. Fajardo (1979, 91-92).

⁵ En 1912 un articulista señala, de manera cruda, la pasividad de la mujer ante los “movimientos modernos del progreso nacional, educacional, social, etc.” Pero en especial el estado de su cultura religiosa y analfabetismo. Cf. *El Cronista* (1912, 4 de mayo).

En una cultura agrícola de autoconsumo, los valores en torno a la prosperidad eran diferentes. La abundancia de productos y alimentos, el número de cafetales, animales domésticos y, en fin, la prosperidad de la granja familiar parcelaría o minifundista determinaban la calidad de vida del núcleo familiar, pero también su participación en el trabajo, ya como alimentadora, recolectora o escogedora.

Ellas participan en el proceso de producción en las distintas estructuras agrarias especializadas en la caficultura, pero de modo subordinado. Lo evidente es que el hacendado podía disponer ocasionalmente de su trabajo también o incluso en la alimentación del personal temporal.

Hay que señalar que la participación laboral de la mujer varió según las haciendas y sus necesidades eventuales. Por ejemplo a comienzos del siglo veinte, un informe del consulado británico sobre el estado del comercio cafetero en Colombia señala que la recolección “la llevan a cabo mujeres y niños”, a quienes “se les da generalmente la comida gratis” (Spenser 1976, 103). Las mujeres eran protagonistas en las épocas de recolección de café, allí se les conocía como las “chapoleras”.

La hacienda podía disponer ocasionalmente de su trabajo en tareas específicas, pero también como escogedoras en la trilladora⁶ hacendal, urbana estatal o privada, y como “alimentadora” del personal temporal. En cambio en el hogar campesino era el soporte del tablonero para el manejo del cafetal asignado. Era recolectora de café, *alimentadora*, ayudaba a la cría y alimentación de animales domésticos –cerdos, gallinas, pavos–; y trabajaba en los cultivos de pancoger y la huerta familiar.

Ya fueron señaladas las evidencias sobre el uso de mano de obra femenina e infantil, ante la ausencia del personal masculino. La Revista Nacional de Agricultura (1920, Febrero) señala que las condiciones sociales de la mujer eran realmente deplorables hacia la década 1920. Había quienes consideraban que la causa se debía a su amancebamiento y porque la responsabilidad familiar recaía sobre ellas. La miseria y las enfermedades eran su

⁶ La *trilladora* es el lugar en donde, por medio de máquinas, se trilla el café, quitándole el cisco o cáscara. Luego de trillado pasa a las mesas de plano inclinado en donde las escogedoras le quitan toda impureza y pasilla hasta dejar el grano listo para la exportación. Tomado de Jaramillo Arango (1998, 321).

agobio, sin excluir la violencia intra-familiar y la opresión del hombre. El exceso de trabajo y simultaneidad de un sinnúmero de tareas eran sus cargas.

En los años treinta la situación social de la mujer es más crítica. Algunos agricultores sugirieron que se lograran compromisos entre los hacendados, para “moralizar” las haciendas. Por ejemplo, a través de la exclusión de los trabajadores que vivieran amancebados, y el ofrecimiento de plazos prudentes para legitimar las uniones o para desocupar las viviendas (Machado, *et al.* 1977, 51). Ese alto grado de explotación era igual en el sector urbano, como veremos más adelante.

Lo anterior puede reflejar la intención en diferentes décadas de hacendados e instituciones por el mejoramiento de las condiciones sociales de la mujer rural. El alcance de estas propuestas es desconocido. En cualquier caso, las diferencias y responsabilidades sociales en el ámbito familiar cambiaron y variaron considerablemente al interior de éstas o las mismas localidades.

Pequeñas y medianas propiedades

En cambio en las medianas y pequeñas propiedades, posiblemente su trabajo tuvo un estimulante adicional, debido a que no sólo se tenía una posesión de lotes de café, sino también la posesión de la tierra. La tierra y su tenencia era la garantía como medio de producción para tener una gran familia en zonas, donde la deserción escolar era excesivamente alta en época de cosecha, o donde sencillamente no se contaba con tales establecimientos.

La transformación del sector rural y la participación de numerosas familias en pequeñas y medianas propiedades fueron evidentes. Recordemos que hacia 1932 existían alrededor de 150 mil fincas cafeteras. La mayoría era pequeñas propiedades menores de diez hectáreas. Muy distinto de las 5000 fincas se calcula que existía sesenta años atrás (McGreevey, William, 1982). La expansión del café a partir de pequeños propietarios fue exitosa, sin desconocer la prevalencia en algunas zonas de grandes plantaciones. El minifundismo era evidente en los departamentos cafeteros. Ya a mediados del siglo veinte, Guhl (1953, 198-257) señala que el 48 % de la producción nacional estaba en propiedades

que contaban con 5000 árboles. Pero la realidad social y cultural del pequeño productor era muy precaria.

El apoyo de un pequeño propietario era su canasto y sus hijos, o incluso si no tenía tierras la compañía del dueño del cafetal. Andaba con los pies descalzados y mal cubiertos de ropa, por lo que era propenso a los ataques de los parásitos intestinales y el zancudo. Ya en la tarde descerezaba y despulpaba el café. La pulpa quedaba en el piso creando mosquitos y miasmas, o formando un piso baboso. Todos los días sacaban el café al sol para secarlo o para guardarlo dependiendo del invierno.

Los sábados muy madrugados se iban al pueblo por una trocha. El campesino cafetero agarraba su ruana y su zurriago y se dirigía al pueblo, alegre y optimista. En el pueblo descargaba donde el intermediario –banquero o loteador–, el que le facilitaba el dinero para los mercados mientras el grano florecía. La costumbre era comprar al fiado las herramientas, ropa y sal. El campesino no siempre tenía el café seco, limpio, soplado y sin ninguna basura y guayaba. Por lo tanto no siempre lo compraba la Federación Nacional de Cafeteros, y quedaba a merced del intermediario, quien lo compraba mucho más económico. Es el cuadro de la mayoría de los agricultores pobres (Guhl 1953, 231-233).

A la par del minifundismo cafetero, decenas de pueblos recién fundados en el siglo diecinueve también entraron con cierto vigor industrial y se convirtieron en ofertantes de mano de obra, alguna relacionada con la recolección del grano en el sector rural en fincas cafeteras, y otra con la fase semi-industrial, en las trilladoras de café.

El sector urbano: escogedoras y recolectoras

Tomemos el caso del departamento de Antioquia, donde mejor podemos observar parte de este fenómeno. Alejandro López (1976, 387-388) señala que hacia 1913 en tan sólo 50 municipios existían alrededor de treinta millones de árboles. La zona norte del departamento del Tolima, con pueblos en su mayoría de ascendencia antioqueña, de igual modo contaba con millones de árboles. El departamento de Caldas y sus municipios vivían el mismo fenómeno. Lo que es evidente en este contexto, es que a la par de los millones de

árboles debieron florecer las trilladoras y las actividades comerciales. Los informes estadísticos de Monsalve (1927, 271-275) indican la existencia de 42 trilladoras y 8.142 despulpadores en 81 municipios antioqueños hacia 1927. Fredonia y Medellín eran los municipios con mayor número, con un total de 22. En este contexto hay una emergencia de una clase obrera urbana asalariada.

Eran las “escogedoras” una nueva modalidad de trabajadoras. Es cierto que había un predominio demográfico de la mujer con respecto al hombre, lo cual indica que era también mayor el predominio de mujeres proletarias con respecto a los hombres.⁷ Ellas constituían el grupo mayoritario de trabajadores con respecto a otras industrias. Representaban, para el caso de Medellín, el 34 % de la población obrera urbana hacia 1922.⁸ Hay que resaltar que se trataba de un grupo que debía cumplir con unos requisitos mínimos respecto de su conducta, salud, y gremio anterior. Los límites de edad podían estar entre los 15 y 50 años, y con ello la advertencia que no estaba permitido el uso de mano de obra infantil, que si era generalizado en el sector rural; pero contra el cual se estaban haciendo campañas para su prohibición durante esos años.

Fue un grupo con obligaciones contractuales definidas, lo que no siempre se dio en el sector rural, de esas primeras décadas del siglo veinte. Participan de un régimen laboral, que contaba con un sistema de administración jerárquico, que podía incluir jefes inmediatos, directores, administradores o incluso personeros o el Consejo de la localidad, como logramos evidenciar en el caso del municipio de Concordia (Antioquia).⁹ Las “escogedoras” tenían también prohibiciones en dicho régimen, que como es natural estaba relacionado con cualquier acción o impedimento, que afectara su jornada de trabajo. Adicional, a las practicas que pudieran atentar con la honra de las personas y la prohibición del tabaco.¹⁰ Podemos imaginar el potencial de este grupo de trabajadoras, cuando el café

⁷ Fernando Botero (2003, 119) indica ese predominio, a tal punto que en 1918 había en el departamento 1.276 mujeres por cada mil hombres, y en 1912 la proporción era de 1265 por cada mil; que aumenta para la ciudad de Medellín.

⁸ *Anuario estadístico del Distrito de Medellín, 1922*. (1923). Medellín: Tipografía Bedout.

⁹ Archivo Histórico de Concordia, Decretos, 1942, Resolución No. 11, hoja 1.

¹⁰ Archivo Histórico de Concordia, Decretos, 1942, Resolución No. 11, hoja 1.

era la principal riqueza del municipio con un cálculo aproximado de 1.4 millones de árboles, que permitían una producción entre 130 y 150.000 arrobas de café anual.¹¹

En todo caso, el grado de explotación al que era sometida la mujer era igualmente alto en el sector urbano-industrial, en las trilladoras e instalaciones de beneficio del grano para la exportación. Eran los tiempos en que las ideas socialistas empezaron a incursionar con más fuerza en sectores proletarios, y cuando los esfuerzos del Partido Comunista se orientaron a la organización de la fuerza laboral femenina, atada a las trilladoras urbanas de café, y a la reivindicación de mejoras en sus salarios y bienestar. Recordemos que en 1936 trabajaban cerca de 3.500 personas en las trilladoras, y el 85 % de los trabajadores eran escogedoras, que trabajan a destajo o por horas. La única excepción la muestra el caso de la Trilladora Municipal de Concordia, donde la obligación era cumplir con jornadas de ocho horas. Según Charles Bergquist (1981), el salario más elevado de la escogedora más rápida no alcanzaba el nivel del salario promedio que recibían los hombres por su trabajo en la industria urbana. La mayoría ganaban entre la mitad y dos terceras partes de dicho salario. Eduardo Santa (1990) confirma también que en el Líbano los sindicatos más fuertes fueron los de los zapateros, los matarifes y las escogedoras de café.¹² Su situación y explotación laboral llegó a tal extremo que la Federación Nacional de Cafeteros, a través de su gerente Mariano Ospina Pérez (1934, 42-43), planteó la necesidad de mejorar las condiciones de la mujer, especialmente en el logro de una remuneración equitativa por su trabajo, y de un mejor trato en las haciendas.

Las circunstancias y los distintos factores político-sociales tendieron a la organización de huelgas de escogedoras, movimientos de arrendatarios y posteriormente el episodio de la llamada época de La Violencia, que tuvo como epicentro las zonas cafeteras. Es claro que las características fueron la expulsión de los núcleos familiares en zonas potenciales de conflicto, generando migraciones interregionales y “desplazamientos políticos”, o en el caso contrario la convivencia de las familias y sus mujeres con los actores del conflicto: autodefensas, guerrillas, bandoleros y militares.

¹¹ Archivo Histórico de Concordia, tomo 227, Fundación Concordia Monografía, 1947-1949, p. 8.

¹² Léase también el caso de las escogedoras del antiguo Caldas en Escobar Belalcázar, 1995.

Finalmente, hacia 1970 y según el censo cafetero la geografía cafetera identificaba 315.000 fincas cafeteras con una extensión de 4.500.000 hectáreas, de las cuales 1.000.000 estaban sembradas de café. En esa misma década se inicia la tecnificación del caficultura, que de igual modo trajo cambios en los hábitos laborales y económicos de los trabajadores. Se calculaban aproximadamente unas 3.500.000 millones de personas dedicadas al cultivo, adicional a un 1.000.000 de jornaleros que trabajaban temporalmente en tiempos de cosecha. Lo cierto es que el café hasta ese momento había cimentado una autentica economía nacional y una cultura laboral rural que no existía en el siglo diecinueve, donde la mujer y el núcleo familiar fueron los principales garantes de mano de obra.

Referencias

Anuario estadístico del Distrito de Medellín, 1922. 1923. Medellín: Tipografía Bedout.

Archivo Histórico de Concordia, Decretos, 1942, Resolución No. 11, hoja 1.

_____, tomo 227, “Fundación Concordia Monografía”, 1947-1949, p. 8.

Bergquist, Charles. 1981. *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. La guerra de los mil días: sus antecedentes y consecuencias.* Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES. (tr. del ingles por Moises Melo).

_____.1986. “Los trabajadores del sector cafetero y la suerte del movimiento obrero en Colombia 1920-1940”, En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (compiladores), 111-165. Bogotá: Cerec.

Botero, Fernando. 2003. *La industrialización en Antioquia.* Medellín: Hombre Nuevo.

Dávila, Josué. 1937. “Informe sobre el municipio del Líbano”. En *Anuario Estadístico del Tolima.* Ibagué: Contraloría del Tolima.

El Cronista, Ibagué, 1912, 4 de mayo.

Escobar Belalcázar, Carlos Arnulfo. 1995. *Historia furtiva: mujer y conflictos laborales, la escogedoras de café en el Antiguo Caldas (1930-1940)*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.

Fajardo, Darío. 1979. *Violencia y desarrollo. Transformaciones sociales en tres regiones cafeteras del Tolima, 1936-1970*. Bogotá: Suramericana.

Fondo Cultural Cafetero. 1989. *Don Manuel. Mister Coffee*. Tomo 1. Bogotá: s.e.

García, Antonio. 1978. *Geografía económica de Caldas*. Bogotá: Banco de la República.

Guhl, Ernesto. 1953. “El aspecto económico-social del cultivo de café en Antioquia”, *Revista colombiana de antropología*. 1, 1: 198-257.

Jaramillo Arango, Euclides. 1998. *Un extraño diccionario: el castellano en las gentes del Quindío, especialmente en lo relacionado con el café*. 2a. ed. Armenia: Editor Comité Departamental de Cafeteros del Quindío.

López, Alejandro. 1976. *Escritos escogidos*. Bogotá: Editorial Andes. Serie Biblioteca Básica de Colombia.

Machado Absalón *et al.* 1977. *El agro en el desarrollo histórico colombiano, Ensayos de Economía Política*. Bogotá: Punta de Lanza. Seminario Nacional de Desarrollo Rural, ed.

McGreevey, William, P. 1982. *Historia económica de Colombia, 1845-1930*. Bogotá: Tercer Mundo. 3ra. Ed. Traductor Haroldo Calvo.

Monsalve, Diego. 1927. *Colombia Cafetera*. Bogotá: Artes Gráficas SA.

París, Gonzalo. 1946. *Geografía económica de Colombia. Tolima*. Tomo 7. Bogotá: Editorial Santafé.

Poveda Ramos, Gabriel. 1988. *Historia económica de Antioquia*. Medellín: Autores Antioqueños.

Ramírez Bacca, Renzo. 2008. “Formas organizacionales y agentes laborales en la caficultura tradicional colombiana, 1882-1972”. En: *Vías y escenarios de la*

transformación laboral: aproximaciones teóricas y resultados de investigación, Carmen Marina López Pino, Luis Guillermo López Rodríguez, Javier Armando Pineda Duque y Samuel Vanegas Mahecha (Editores), 179-206. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

_____. 2011. “Clase obrera urbana en la industria del café. Escogedoras, trilladoras y régimen laboral en Antioquia, 1910-1942”, *Desarrollo y Sociedad*. 66: 43-69.

Revista Nacional de Agricultura, (RNA), 1920.

Santa, Eduardo. 1990. *Recuerdos de mi aldea, perfiles de un pueblo y de una época*. Bogotá: Ediciones Kelly.

Spencer S. Dickson. 1976. “Informe sobre el estado actual del comercio cafetero en Colombia”, septiembre 11 de 1903. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 101-106.